

Ca 2557

n°-388

Boetradia



UNIVERSIDAD COMPLUTENSE



5315399238

ca 2557

81-8-8 bis 11

(n° 88)

h 18615144
i 25741226

Memoria

presentada

Para la solemne recepción
del grado de Doctor

en la Facultad de Medicina
de la Universidad central

por el Licenciado

Don Felipe Pardo González

Una ligera idea de la Medicina
en los siglos XV y XVI.

81-8-8ⁿⁱ-11

(n^o 388)

1^o

Hmo. Sr.

He me aquí colocado en la situación más seria y más apurada de mi vida escolar. Después de diez y seis años de no interrumpida práctica, durante la que he podido conocer las amarguras, escollos, ingraticudes y desengaños que la profesión proporciona, siento de nuevo el último año en los bancos de las aulas, para cursar como alumno oficial los estudios del período del Doctorado, con mayor placer, con mejor deseo aún de estudiar que lo hice cuando siendo niño no marcaba mi frente arruga alguna, y el porve

2/
mir se me presentaba de color de rosa. Hoy desnuda
mi cabeza, blanco en su mayor parte el resto del cabello,
tristes atributos de una vejez prematura; perdidas por
completo las ilusiones y esperanzas de la juventud,
sabiendo positivamente, que la escasez y la pobreza es
la herencia que a su familia deja el hombre, que por
cuidar de la salud de los demás, muere quizá por no
haber podido cuidarse de la suya..., hoy sin embar-
go ocupo de nuevo la silla del examinando, halaga-
do no solo por la idea de alcanzar el grado supe-
rior de mi carrera, sino más aún, por obtener una
vez más vuestra sanción; es decir, proporcionar a
mi conciencia la íntima satisfacción, el supremo de-
leite que experimenta el hombre honrado que ve apro-
bados sus actos por hombres encanecidos en la ciencia,
por los representantes de la sabiduría, en una pala-

3
bra por sus doctos y queridísimos maestros.
Bien sé, que aún alcanzada y obtenida vuestra
aprobación, me quedará el remordimiento de no haberla
merecido, y si la deberé únicamente a vuestra extrema
indulgencia; pero por lo menos lo que mi limitada y esca-
sa inteligencia no ha podido alcanzar, he procurado su-
plirlo con no escasa voluntad para el estudio; hoy me
encuentro como el infeliz naufrago que juguete de las
olas, lucha y nada por alcanzar la ya cercana orilla,
y aunque marino curtido por los trabajos del mar, sien-
te desfallecer su ánimo por conocer sus fuerzas perdidas,
así yo pobre naufrago de la ciencia, luchando por al-
canzar la ajeteada orilla del Doctorado, veo me a
punto de perecer, conociendo mis escasas fuerzas científi-
cas, para sobrenadar sobre las olas de tantas doctrinas,
teorías y sistemas, que existen, en el proceloso mar de la
medicina; por lo que me abandono en los brazos de la Pro-

videncia por vosotros aquí representada.

Y dicho esto, perdonaadme el atrevimiento de exponer a vuestro ilustrado criterio.

Una ligera idea de la medicina en los siglos XV y XVI.

Después de las escuelas árabes en que la medicina tuvo una doctrina Hipocrático-Galénica, basada en una filosofía Aristotélica; escuelas y dominación árabe trascendental e importantísima, no solo por sus ocho siglos de duración, sino también por la creación de Universidades tan importantes como Paris y Salamanca, la organización médica del Occidente, la creación de la escuela de Salerno, periodo durante el que, florecieron médicos tan aventajados y célebres

5.
como Rhazes, Avicena, Avenzoar, Albucasis y otros, después digo, de este periodo que bien pudiéramos llamar letárgico, nos encontramos con el siglo XV, y ya en sus albores, empiezan a iniciarse lo mismo en literatura que en medicina, una tendencia a romper los antiguos moldes, un deseo vivísimo de ir más allá, deseo que al finalizar el siglo XVI, no se limita a iniciarse sino que los médicos de aquella época en sus escritos, en sus actos todos, establecen desde luego una renovación de doctrinas tal, que algunos como Gómez, Pereira protestan y rebaten la doctrina Galénica, hasta entonces tan en vigor.

Este espacio de tiempo es el llamado periodo de transición o fusión por el Dr. Mata; erudito por Renouard y para mi ilustradísimo profesor y profundo filósofo Dr. Rodríguez Fernández, constituye el primer pe-

6
riodo de la cuarta edad, llamada por él de Renovación y Reforma.

Sucede en dicho periodo, una cosa analoga a lo que ocurre en toda disolución química; que así como del cambio de elementos entre dos cuerpos, tiene lugar la formación de un nuevo compuesto completamente distinto en propiedades, a las propiedades de los cuerpos que contribuyeron a formarle; así también en estos dos siglos, los adelantos de la literatura, los estudios de los médicos de la época, tanto en las ciencias médicas como en las naturales, de tal manera se influyen entre sí, que hacen surgir un nuevo cuerpo de doctrina, distinto completamente a los anteriores de los cuales tomaba base para su estudio y constitución; cuerpo de doctrina que llevando a cabo el principio de renovación, concluye en el siglo actual con la completa Reforma; por lo que ha dado a la presente época, el título de fijación y progreso

7
Preocupaciones religiosas, de tiempos anteriores, habian sido causa de que los estudios anatómicos y fisiológicos, estuvieran en un estado poco menos que infantil, pues todos los médicos incluso el inmortal Galeno, habian hecho sus experimentos, y estudiaron únicamente en los animales y principalmente en los monos; pero en 1315 Mondini profesor de Bologna, pudo con mucha exposición aventurarse, y estudió en los cadáveres de dos mujeres que pudo proporcionarse, y aunque nada nuevo dijo sobre Anatomía, de lo ya conocido, por griegos, romanos y árabes, sin embargo facilitó grandemente su estudio, publicando una obra con grandes láminas grabadas

8
en madera; tal era la preocupación religiosa que no se atrevió a abrir los cráneos, porque su conciencia lo consideraba como un grave pecado mortal.

En el año de 1482 la Universidad de Tubinga, pidió al Papa Sisto IV, permiso para diseccionar cadáveres humanos; y es de agradecer a la Iglesia, el grandísimo servicio que prestó a la medicina haciendo ella misma por medio de sus Pontífices de fines del siglo XV y principios del XVI, desaparecer dicha preocupación, autorizando los estudios de Disección en los cadáveres de los ajusticiados primero, y más tarde también en los de los fallecidos en los Hospitales; practicándose primero en Italia, en Bolonia, Padua, y Pavia por Achillini, Beneditti y Berenger. En España en el monasterio de Guadalupe, situado en Extremadura, se cultiva

9
ba también la Anatomía en virtud de privilegio obtenido en Roma.

Sigue después Silvio en Paris, el cual no quiso separarse nunca de lo dicho por Galeno; pero en el año 1514 Vesalio en Bruselas y el célebre Segoriano Andrés Laguna en España, fueron los primeros en contradecir a Galeno, refutandole muchos errores, fundándose en lo observado en los cadáveres.

Silvio descubrió las valvulas semilunares de la aorta, y Laguna, la valvula ileo-cecal, descrita en un libro que publicó titulado "Methodus Anatomicæ." Naturalmente, como todo a aquel que se adelanta a su época, que difiere del común sentir y pensar de las gentes, que trata de romper tradicionales creencias, Silvio y Laguna crearonse numerosos enemigos, pero

una vez iniciada la revolución no se contuvo, y siguieron su método de estudio Colombo, Custaquio, Felipio, Lovera de Avila, el Valenciano Pedro Gimeno, el Manchego Andrés de la Plata, el Castellano viejo Juan Valverde, y otros muchos entre los que no debe de olvidarse, a Rodríguez de Suevo, catedrático de Anatomía de la Universidad de Valladolid, todos los cuales, ponen de manifiesto, la afición despertada por aquella época a los estudios anatómicos; estudios, que empezando a hacerse privadamente, cada cual donde podía, valiéndose para las disecciones de una simple navaja de afeitar, fueron desarrollándose, primeramente en salas provisionales, en anfiteatros permanentes después, viniendo por último el escalpelo, a reemplazar ventajosamente a la navaja. En estos dos siglos la Anatomía adelantó

más que en todos los anteriores, pues Vesalio, médico después del Emperador Carlos V, publicó una Anatomía con buenas láminas; Valero de Toboar primer catedrático de Anatomía de Zaragoza, inventó unas estatuas anatómicas hechas con seda, en las que copiaba con bastante fidelidad los órganos que constituyen la humana estructura; preparación que hoy ha venido a sustituirse con el cartón piedra, cera &c; en la construcción de piezas anatómicas, pero cuya idea y primera aparición data de aquellos tiempos.

Hicieron adelantos grandes en disección; separaron por completo los nervios de los ligamentos y tendones, siguiendo desde su origen hasta sus últimas ramificaciones; demostraron, como las fibras musculares,

no eran producto del espesamiento de la sustancia nerviosa, como hasta entonces se había creído; sospecharon ya la existencia de los vasos linfáticos, y tales estudios hicieron del sistema capilar, que puede decirse sirvió de base para las investigaciones de la circulación de la sangre, por entonces muy defectuosamente conocida; investigaciones en las que llegó a la mayor altura, el eminente y desgraciado Miguel Servet.

Los huesos fueron también estudiados por Cespedes y Collado.

Vemos pues, el gran impulso dado a estos estudios por aquella época; claro es que de los conocimientos anatómicos de entonces, a los de ahora, la diferencia es inmensa, tanta, como existe entre un arroyuelo y un río; pero no puede desconocerse, que así como el arroyuelo contribuye con sus aguas, al aumento del caudal de las del río; así también, aquellos conocimientos, fueron los arroyos de más importan-

cia, que contribuyeron, a la formación de las grandes corrientes anatómicas actuales.

La Fisiología de este periodo puede calificarse de *novecientista*, consistiendo su principal punto de estudio en la Circulación; punto que no pudieron desarrollar por completo; debido esto, por una parte, a la opinión que los antiguos tenían formada sobre el movimiento de la sangre, y por otra a los nuevos horizontes que en Anatomía se iban descubriendo; horizontes que echando por tierra lo hasta entonces conocido, hacían que su inteligencia no viera claro, y esforzabanse en conciliar lo que era imposible de todo punto. es decir, pretendían que la función fisiológica fue-

se la misma, siendo así que la estructura anatómica era ya distinta. Sin embargo, de admirar es ya que no nos positivos resultados, la constancia en el estudio, y el adelante afán para darse cuenta de una de las funciones más importantes del organismo humano.

Muchos fueron los médicos que se ocuparon de este estudio, y siendo no disponer de espacio suficiente, para hacer aquí un paralelo, entre las diferentes versiones que en la misma época se sustentaban sobre la circulación de la sangre, pero citaré por lo menos alguna de las principales, y que más se aproximan a lo hoy conocido y por todos acatado.

Desde los Ardepiades era general la creencia de que solo las venas contenian sangre

pues las arterias no contenian más que aire y espíritus vitales, y que el centro de la sanguificación era el hígado. Galeno después, estableció que las arterias, también contenian sangre; pero creia, que esta, ya en el ventriculo derecho del corazón, llevada allí por los grandes vasos, se dividia en dos porciones, una muy pequeña que por la arteria pulmonar iba a los pulmones, y otra muchísimo mayor, que pasaba al ventriculo izquierdo a través de la porosidad, del tabique intermedio o interventricular.

De esta opinión participaban en los siglos XV y XVI, Bernardino Montaña de Mousserrat, Hidalgo de Agüero, Juan Calvo, Andrés de Leon y varios otros, hasta que el infortunado aragonés Serbet, dió un giro distinto a este asunto, y describió la circulación de tal modo, que puede decirse dejó trazadas al célebre cuanto mo-

16
desto Guillermo Harvey, las tres cuartas partes de las líneas necesarias para su completo descubrimiento.

Servet, pro testó de que la sangre pasara de uno á otro ventrículo á través del tabique intermedio, sino siguiendo un largo camino por los pulmones; decía: la sangre es elaborada por los pulmones, y se trasfunde desde la vena arteriosa, (arteria pulmonar) á la arteria venosa (venas pulmonares), allí se mezcla con el aire inspirado, y por la espiración se purifica del hollín que contiene; esta mezcla es atraída por la diástole al ventrículo izquierdo, desde donde el espíritu vital, se trasfunde en las arterias de todo el cuerpo.

En apoyo de esta teoría, vienen después Colombo y Cesalpino, pues este último dijo: la sangre pasa de la vena cava al ventrículo derecho, de donde va á los pulmones, de

17
aquí al ventrículo izquierdo, desde donde pasa á la aorta. Una vez aquí, la sangre no puede retroceder pues se lo impiden unas membranas (no las llama válvulas) colocadas en su embocadura.

Habla de la comunicación entre arterias y venas por medio de sus boquillas terminales ó anastomosis.

Diferenciaba arterias y venas diciendo: si se liga una arteria, la sangre cesa de correr por debajo de la ligadura y el pulso desaparece. Si se liga una vena, esta se hincha por debajo de la ligadura, y se aplana por encima de ella: durante el sueño, la sangre, y los espíritus vitales pasan de las arterias á las venas; probando la disminución del pulso y la hinchazón de las venas de los dormidos.

Como se ve, el mayor camino estaba andado,

pero el error de Cesalpino, era considerar el movimiento de la sangre, de la misma manera que los antiguos, es decir, creer que la sangre se movia como las aguas del mar, con movimientos de flujo y reflujo, y no con el verdadero de circulacion que habia derecho a imponer y esperar, dada la descripcion anatomica tan ajustada a la verdad, que del coracon, pulmones y arterias, el habia hecho. De todos modos, venios que solo Serret y Cesalpino, presentian verdaderamente lo que más tarde habia de cubrir de gloria al inmortal Harvey.

Sobre la respiracion no hicieron modificacion alguna; creyendo como venia haciendose desde la antigüedad, que el aire exterior penetraba en el coracon, de virtud del calor propio de este organo, que atraia el aire

al pecho, penetrando en los pulmones por la traquearteria y los bronquios, inutilizandose en las ultimas ramificaciones. Aqui el aire se dividia en dos partes con dos usos distintos; una muy tenue que por los pulmones iba al coracon, que servia para refrescarlo y de ester para formar los espiritus vitales que alli tenian su receptaculo; y otra más grosera que salia al exterior, mezclada con las fuliginosidades del pulmon. Error crasissimo, pues sabido es que ninguna sustancia, ni liquida ni gaseosa, puede retroceder de las cavidades arteriales a los pulmones; pero disculpable si se tiene en cuenta, que ellos creian que las ultimas ramificaciones bronquiales, se anastomosaban, con las raicillas venosas pulmonares; y de aqui suponian, que el aire llevado era, al coracon, por las venas pulmonares; inexacto-

tud en la que no hubieran incurrido, si hubieran conocido la circulación de una manera exacta, pues se hubieran convencido, de que las venas pulmonares no llevan al corazón más que sangre.

En cambio por lo que toca á las funciones de reproducción descubrieron varios errores de Galeno que creía la matriz dividida en dos cavidades, haciendo ver, que dicho órgano estaba constituido por una sola cavidad; y ya pudieron sospechar, que la teoría Hipocraética-Galénica sobre la fecundación, no encerraba ningún fondo de verdad.

Dicha teoría (que á los ovarios llamaba testes) no consideraba como germen, á la materia suministrada por la mujer en el acto del coito, sino como un material, destinado á formar las membranas que sirven de su-

voltura al feto, y suponía que el espermia eyaculado por el testículo derecho enjendrabá el varón, el cual se desarrollaba durante el periodo de gestación en la cavidad derecha de la matriz; el testículo izquierdo, suministraba el germen femenino, que iba á depositarse en la izquierda cavidad, para sufrir las evoluciones sucesivas hasta el momento del parto. Experimentos detenidos practicados después sobre testículos y ovarios de conejos y conejas, puso en evidencia lo falso de dicha teoría, demostrando que con la falta de un testículo, un animal que se une á una hembra, la hace procrear individuos masculinos ó femeninos; y si á la hembra, se la ligaba una de las trompas, producía machos y hembras indistintamente.

Con lo dicho, puede verse de una manera clara, las

sirve de errores anatomofisiológicos que entre los médicos de aquella época existían; pero gratitud merecen los esfuerzos hechos por ellos en los estudios fisiológicos, aunque no llegaron a dominarles por completo.

Oliva Sabuco, verdadera erudita, pues escribió muchísimas obras, y en una de ellas trata de la esencia y caracteres del fluido nervioso, y su influjo en la vida del hombre. Cuestión que estudió física y psíquicamente. Expone un tratado de Fisiología de las pasiones, completamente original, rompiendo con las creencias rutinarias; tratado, del que siglos después, escritores bastante reputados, se sirvieron para dar á luz como cosa propia, ideas y conceptos de él tomados. Sus escritos dice Renouard son las bases de la Fisiología moderna. Lo que sin género de duda se advierte en ellos, es el especialísimo cuidado

que pone en dar á la materia y al espíritu la proporción debida, sobre todo al explicar nuestros instintos y afectos; resultando de sus concepciones el hombre, un ser inteligente y elevado, en el cual, el cuerpo y el alma, simultáneamente se desarrollan y perfeccionan, y no ~~es~~ ser, que degradado ó salvaje, crean los materialistas, en sus mentidos y erróneos exclusivismos.

24
Por lo que se refiere á la Higiene, poco me-
vo ó lo ya conocido por Hipócrates, Galeno y Celso,
podemos decir en el espacio de tiempo, correspondiente
á los dos siglos de que me voy ocupando.

La salud pública, puede decirse que hasta
entonces estuvo casi por completo descuidada; no exis-
tían leyes para el saneamiento de las poblaciones,
casas, calles, edificios &c.; los alimentos vendíanse
exentos de toda vigilancia, y los hospitales y
hospicios, fundábanse más por temor á los tor-
mentos del infierno en la otra vida, que por me-
jorar las condiciones sociales de la época.

La preocupación religiosa llegaba á influir
hasta en la higiene privada; y como quiera

25
que entonces la idea general era, la de que las mortifica-
ciones del cuerpo traían como consecuencia el desarrollo
de la inteligencia y del alma; de aquí, que á los cuida-
dos físicos no concedieran la más pequeña importancia.
Puede decirse, que en muchos siglos de años no se prac-
ticaron más reglas higiénicas, que las máximas dietéticas
que Juan el Melancólico compiló para Roberto Du-
que de Normandía, hijo de Guillermo el Conquista-
dor, y que publicó por el año 1100, con el nombre de
Preceptos Higiénicos de la Escuela de Salerno.

Alfonso Avicena, á mediados del siglo XI, pu-
blicó un libro que llamó "Menos daño en Me-
dicina"; y en él, estudió la naturaleza de los agentes
que según su modo de obrar, podían modificar
el modo de ser de los órganos, y su funcionalismo;
hablaba también de los baños, aguas corrompidas,
sus emanaciones é influencias.

Francisco Lopez de Villalobos, en varios escritos hace ver, los perniciosos efectos que los placeres sexuales ocasionan, en las personas de avanzada edad.

El Bachiller Cibdarral, en una de sus epistolas, demuestra como los buenos hábitos, la quietud de animo, y la sobriedad, son reglas más sabias que las de Grecia.

En el año 1477, se establecieron por primera vez, las cuarentenas o morberias, en la Isla de Mallorca, para protegerse contra las peste.

En 1477 a 3 de Mayo, la Dirección de las leproserias a cargo hasta entonces del clero, pasaron a manos más inteligentes; pues esta Dirección fue encargada a los médicos, recibiendo por esto el título de Alcaldes de la lepra.

En un libro publicado en Paris en 1701 por Bonardiere, al tratar de la sobriedad, cita el caso

de un Veneciano del siglo XVI, que hasta los 35 años habia vivido muy enfermo con dolores de estomago, ataques de gota, y fiebre lenta pero continua, y que aconsejado por los médicos, se sometió a un régimen constante en tomar dos gramos de alimentos sólidos, carnes, huevos, pescados, y catorce gramos de alimentos líquidos diarios; viviendo así, sano y fuerte hasta los cien años, ocupado a toda clase de trabajos, y su salud no se alteró, aun sufriendo grandes contrariedades, y si solo una vez, a los setenta y ocho, por acceder a aumentar cuatro gramos a la ración diaria, cediendo a exigencias de la familia; alteración que le duro treinta días, y que se corrigió volviendo a su acostumbrado régimen.

En el siglo XVI se reglamentaron las manebias por Felipe II en 13 de Mayo de 1570, disponiendo que las mujeres a su entrada, fueran reconocidas

por los médicos, multando a estos cuando admitie-
 ran mujeres con bubas; disponiendo, que fueran
 visitadas cada ocho dias, y las no sanas, fueran
 enviadas a los Spitales, y dictando disposiciones
 de caracter moral, sobre salidas, multas y dias en
 que estaba prohibido a tales mujeres, trabajar en
 dichas manebias.

Digna de mencionarse es la obra de Andrés La-
 guna, que escribió siendo médico del Papa Julio III,
 y que su madre mandó imprimir (después de siete
 años de la muerte del hijo) en Salamanca en 1567,
 titulada "Discurso breve sobre la cura y preservación de
 la pestilencia;" en la que se ocupa de la peste de Flandes en 1555.

Escribieron sobre diversos puntos de higiene en el
 siglo XVI, Alfonso Lopez, Luis Lovera,
 Juan Valverde, Bartolomé Morales y Blas H.

varez, Mirabal.

En este siglo por el año 1530 nació el célebre
 Gerónimo Mercurial, autor más tarde de un
 famoso trabajo sobre Gimnástica, que tanta in-
 fluencia ejerció en la higiene.

Por lo dicho, se ve que en este periodo de tiempo,
 lo poco que se conocia de higiene, debíase al estudio
 particular; por lo que toca a los gobiernos, la salud
 pública teníase completamente descuidada; así se
 explica, que en Francia la peste hiciera su aparición
 en Marsella, cuando aún no existían las ratas, diez,
 y seis veces, desde 1476 a 1520, y en cambio, desde 1526
 que en dicho punto se establecieron por primera vez, la
 peste aparece una sola en 200 años, ó sea en 1720. De-
 muestran la ausencia de legislación sanitaria, la re-
 peticion de las pestes en Italia, Portugal, Inglaterra y Ru-

sia en el siglo XV, castigando, casi sin cesar ya en una localidad, ya en otra, durante el siglo XVI, muy especialmente en el Mediodia de Europa.

Por lo que toca a la Patología general, he de decir muy poco, no solo porque no es mucho lo escrito sobre este punto en la época de que hago referencia, sino, porque los límites de una Memoria, no son los suficientes para desarrollar de una manera medianamente clara, los diferentes puntos que abarca la Medicina, y quisiera detenerme principalmente algo más, en las Patologías Médica y Quirúrgica, aunque siempre circunscribiéndome a dar ligera idea, no solo por ajustarme a lo ofrecido en el título de mi trabajo, sino también porque es sabido que el estudio detenido de cualquiera de las materias que comprende, no solo puede ocupar extensos volúmenes, sino que cualquiera de ellos podría muy bien emplear la vida de un hombre.

Francisco Vallés (calificado por Felipe II de divino) di

ce en sus controversias que: la esencia de la enfermedad no consiste en la alteración o lesión funcional, sino en la disposición por la cual es producida esta lesión; y añade, conócese que esto es así, en que cuando un individuo está enfermo, aunque cesa la alteración durante el sueño, (en cuyo tiempo no opera ni bien ni mal) la enfermedad sin embargo subsiste.

Todos los autores de aquella época, dividieron la Patología en interna y externa; así como las enfermedades en agudas y crónicas; división que desde muy antiguo venia haciéndose, y que aún continúa en los tiempos presentes, no queriendo significar con esto distintas entidades morbosas, sino como formas distintas de unas mismas entidades.

Entre los escritores de estos siglos, descuella Fernel, el cual escribió una Patología com-

puesta de siete libros, y en el primero al tratar de las causas de las enfermedades, las divide en materiales, eficientes, formales y finales.

Entiende por causa material, el organismo todo; por causa eficiente, la fuerza que perturbando el funcionamiento orgánico, le hace pasar del estado fisiológico al patológico; al cuadro de síntomas con que la enfermedad se presenta, llama a causa formal; y final, la manera de terminar la enfermedad. A la causa eficiente, es a la que concede más importancia; y dice que obra unas veces en el instante, y otras después de algún tiempo. La subdivide en congénita y accidental; la congénita a su vez, en natural y contra-natural; y la accidental en interna y externa, y por último la accidental externa, en antecedente y continente.

No quiero seguir la numerosa división de

causas que hace por que no hay para que; baste con esto para dar una idea de la confusión que reinaba en este punto, confusión casi ragnana en laberintica.

El segundo libro de su Patologia es bastante mejor; en él se ocupa de los signos, haciendo un estudio histórico que arranca de la más remota antigüedad; los define; define tambien el sintoma, y pone de relieve las diferencias que existen entre el signo y el sintoma, de tal modo que no cabe confundirlos; describe y distingue entre los signos, los de las distintas pleitoras, sanguinea, biliosa, acuosa &c.

En su libro tercero se ocupa del pulso y de las orinas, considerándoles como los datos más seguros para apreciar bien el pronóstico en las enfermedades. Opina, que el pulso dañonos a conocer el estado del corazón

y de las arterias, nos demuestra la energia de la fuerza vital, y por consiguiente el grado de existencia del cuerpo. Que la orina, nos manifiesta el estado del hígado y de las venas, y por lo tanto nos ayudan al conocimiento de las enfermedades que de ellos se derivan.

Separase de Hipócrates; pues para hacer diagnóstico no sigue el método sintético del antiguo y primitivo maestro agrupando los síntomas, sino el analítico, pues estudia cada signo por separado, de un modo digamoslo así, para buscar la causa, a fin de cubrir la indicación, según acostumbraban Aristóteles y Galeno. Este proceder, en mi humilde opinión traia consigo una terapeutica complicadísima, si habian de llenarse las indicaciones causales; pues ocurriria, que para la enfermedad más sencilla, seria necesario un arsenal de medi-

Hoy por fortuna, el médico aleccionado por la experiencia, conoce el valor de los métodos y sabe que el mejor en medicina, es el que toma por punto de partida los hechos, de los que por inducción nos elevamos a las leyes; verdades generales, de las que más o menos pronto, podremos luego deducir consecuencias.

Uno de los mejores timbres que pueden ostentar los escritores médicos del siglo XV, es el haber sido los primeros en el estudio de la Anatomía Patológica, que abrió inmenso campo, vastísimo horizonte, a la medicina, para el mejor conocimiento de las enfermedades; y aunque sus trabajos no fueron los suficientes para constituir nueva doctrina marcan de una manera bien clara, ese deseo de in-

mai allá a que me refería en el principio de mi trabajo, que por sí solo puede constituir época en la Historia.

A este estudio debuen los progresos hechos después en Anatomía y Fisiología, estudio que practicó con entusiasmo decidido, uno de los primeros Peruviani médico Florentino, el que como fruto publicó una obra titulada "Causas ocultas de las enfermedades" obra impresa y publicada el año 1507 pocos años después de ocurrida su muerte.

Bartolomé Cusaquino, estudió también en el cadáver la estructura de los riñones, sus funciones y enfermedades, y fue de los primeros que estableció el estudio de la Anatomía y Fisiología comparada. Juan Comas Porcel, en Zaragoza el año 1564

practicó varias autopsias por encargo de los Jurados de dicha Ciudad, para ver la relacion que existia entre los sintomas presentados por los atacados de la peste bubonaria, y las lesiones encontradas, en los organos y tejidos de los fallecidos, con objeto de dar una explicacion de lo que sucedia durante el curso de la enfermedad.

Otros varios, muy pocos por desgracia, dedicáronse por entonces a estos trabajos, que puede decirse fueron la cuna de la Reforma, la fuerza expansiva que rompió los antiguos moldes en que yacia aprisionada la medicina antigua.

Entrando en el terreno de la Patologia interna, direi, que Samuel, hacia consistir la ciencia de la enfermedad en la lesion anatomica; y dividia las enfermedades en generales y particulares.

Las generales comprenden las fiebras, que divide en tres generos; simple, putrido y pestilencial, subdividiendo estos generos en especies o tipos.

Las enfermedades particulares las divide en tres ordenes: 1.º Enfermedades que afectan partes situadas encima del diafragma. 2.º Las que afectan partes por debajo del diafragma y 3.º Enfermedades externas o quirurgicas. A primera vista puede conocerse, que si esta clasificacion podia entonces pasar por una de las mejores de su época, para los tiempos actuales ade-

más de confusa, es muy deficiente.

A fines del siglo XVI, Félix Platero médico Suizo, clasifica las enfermedades, en lesiones funcionales, dolores y vicios.

Las lesiones funcionales, las divide, en lesiones del sentimiento y lesiones del movimiento; los dolores, dice que todos son de un mismo género; y los vicios, que unos son de cuerpo y otros de las excrecciones. Véase en esta clasificación, que se ajustan a un criterio sintomático puro.

Donde los médicos de aquella época sayaron a grande altura, fue en el estudio de las fiebres.

Pedro Mercado las divide en cinco géneros: transitorio, simple, pútrido, pestilente, y compuesto. Cada género le subdivide en especies según la naturaleza de los elementos predominantes; así que las fiebres para la mayor parte de los médicos, eran sanguíneas, biliosas, atraviliarias &c.

Gómez Pereira ilustrado médico Castellano, (de Medicina del campo) revelase contra la medicina Galénica, y dice con valentia, que en materia de ciencias humanas, a nadie ha de darse fe, si no aprueba lo que afirma. Sus escritos sobre fiebres, lo mismo que sobre otros muchos puntos, son el fiel relato de lo observado en la naturaleza. Considera a la fiebre como un esfuerzo saludable de la naturaleza medicatrix, para restablecer el equilibrio de la salud.

Mucho ruido ha hecho en el mundo médico Sydenham, médico Inglés, con su famosa definición de la fiebre diciendo: que es un instrumento del que la naturaleza se vale para extirpar los males, y restablecer la salud; sin tener en cuenta que Pereira un siglo antes, habia dicho ya mucho más y mejor en su Autontiana Margarita impresa en Medi-

na del Campo.

Lo mismo sucedió con la teoría de Stahl, estableciendo como causa próxima de la calcutura el alma racional, que no alcanzó éxito hasta que no fue apadrinada por el notable médico de Viena, y sin embargo nuestro médico Castellano, ya así lo había establecido y publicado.

Luis Mercado, célebre catedrático de Valladolid, nacido en Leon, escribió un tratado de fiebres, que se imprimió en la Capital Castellana en 1586. En él se ocupa de las diferencias de cada una, y divide las intermitentes en benignas y malignas, o perniciosas; y de tal manera las describe, que puede decirse que nada nuevo se encuentra en los autores modernos. El echó por tierra la creencia axiomática de que las intermitentes eran benignas; y demostró con hechos que podrian ser tambien malignas y compro-

meter la vida de los enfermos, cosa que hoy vemos todos los dias.

El maestro Quirino, y Francisco Lopez de Villalobos antes, se ocuparon de estudiar la causa, el por qué y como de la intermitencia, y aun buscaron los medios mas apropiados para curarla.

Quirino creia que las cuartanas estaban sostenidas por la pasion del bazo.

Villalobos, plantea la cuestion de la intermitencia, y se pregunta el por qué, pero no acierta a contestarle. Luis Toro, Alonso Cortes, Juan de Carronera, Pedro Bar, Martin de Leiva y otros varios, estudiaron la fiebre tifoidea, bajo el nombre de tabardillo, de una manera perfecta.

Perez de Herrera y Alonso Nuñez nos dan a conocer el garrotillo en diferentes escritos, tanto en la descripcion de sintomas para formar diag

44 nostico, cuanto en la anatomia patológica.

El Dr. Villarmal se decide a llamarle garrotillo, por que dice, que los niños mueren de la misma manera que con la cuerda los ajusticiados; y añade que caracteriza esta enfermedad, la presencia en la garganta, de una costra blanca tirando a livida, de la consistencia del pergamino, elástica en alto grado, que constriñendo, impide la entrada del aire; lo observo no solo en los pedaros que los enfermos arrojaban, sino tambien en las autopsias practicadas. Establece dos clases de sintomas, unos propios de todas las anginas, y otros especiales o patognomónicos, y concede una gran importancia a los sintomas locales.

Juan de Soto por el contrario, la concede mayor a los sintomas generales, que a su entender, explican ciertos fenómenos que no

45 pueden explicar las lesiones de la garganta. Pues sucede dia, que unas veces la fiebre es muy poca y sin embargo la gravedad de las lesiones es grande, y otras por el contrario, la fiebre es intensa, el calor elevado, y no obstante los sintomas locales no son muy intensos. Fundado en esto no modifico por completo el tratamiento.

Luis Mercado, estableció los signos que distinguen las anginas buenas de las malas, y empleó tratamientos que difieren muy poco de los actuales. Este autor, habla tambien de la peste; enfermedad que fué muy estudiada por sus contemporáneos, y atribuye sus estragos, primero: a la ignorancia en conocerla, y segundo: despues de conocida, a dudar si es, o no, contagiosa.

Luis Alanis en 1477 escribió una obra titulada "Régimen preservativo y curativo de la

46
pestilencia."

Diego de Torres en 1485 otra, que tituló "De las medicinas preservativas y curativas de la pestilencia."

Andrés Laguna, (Segoviano ilustre) describe la peste de Metz en 1543. Se opone á la sangría y dice, que la indicación vital son los cardiacos interior y exteriormente, con el fin de levantar las fuerzas que se hallan muy disminuidas, evitando así que la naturaleza desfallezca.

El divino Vallés, se ocupó también de este punto, y su libro "Comentario de los libros de las epidemias" es un tratado completo de patología.

Otra de las enfermedades mejor estudiada de aquellos tiempos, fué la rabia; distinguiéndose entre los escritores de su época, Juan

47
Bravo de Piedrabita.

Donde no estuvieron muy afortunados fue describiendo la pulmonía, pues Ferri admite dos formas, flegmonosa una, y erisipelatosa otra.

En la primera, hay expectoración de sangre, respiración difícil, gran opresión en los hipocostrios, y en todo el pecho, sensación de peso detrás del esternón y en la espalda, y sin embargo poca fiebre.

En la segunda, ó sea en la erisipelatosa, los esputos son amarillos, ligeramente estruados de sangre, la opresión y el peso son poco intensos, y esto no obstante la fiebre es muy alta. Lo mismo una que otra forma, pueden aparecer primitiva ó secundariamente, es decir, que sea espontánea que no dependa de ninguna otra afección, ó sea consecutiva

de una angina, de una pleuresia &c.

Explica la primitiva, diciendo que es debida a que el ventriculo derecho del corazon, lanza una cantidad excesiva de sangre tenue, debil y biliosa, que llena no solo arterias y venas, sino que inunda tambien todo el parenquima pulmonar haciendo que se distienda; la sangre alli se condensa y se pudre, dando lugar a una inflamacion no limitada sino que se extiende a la totalidad de la viscera.

Señala como causas de la pulmonia la embriaguez, el uso de carnes de pescados, el cambio de aguas, y el uso excesivo de las carnes.

En esta descripcion se nota en seguida no solo deficiencia, sino hasta casi desconocimiento de lo que autores muy anteriores

habian ya dicho sobre esta enfermedad; tan anteriores, que s. 1600 años antes o sea el primer siglo de la era cristiana, Areteo describio y trato la pulmonia de tal manera, que salvo ligerisimas modificaciones, se ha venido tratando poco mas o menos hasta los tiempos recientes.

En estos siglos, encuentranse algunos escritos, aunque muy sucintos y muy pocos, sobre fiebres eruptivas, escorbuto y coqueluche.

La sifilis castigando de una manera horrible las generaciones de fines del siglo XVI, hizo que fuese muy estudiada y discutida por los medicos, entablándose serias polemicas sobre su origen y procedencia, que no cito por no ser este mi objeto

pero que creo es tan antigua como el mundo mismo.
Nació, desde que la mujer viciosa, hizo comercio vil, de gozes que estaban reservados, para el hombre que completando la otra mitad de su propia alma, viniera á ser el legitimo padre de sus hijos.

Resumiendo este periodo de tiempo por lo que toca á la Patologia puede decirse, que segun se desprende de los historiadores, la medicina griega era la aceptada por los medicos de estos siglos que venigo estudiando. Hipocra-tes y Galeno eran los faros que guiaban sus pasos; pero sin perder de vista estos faros, antes bien alumbrandose con su luz, desviavane algun tanto del conocido derrotero, observando y experimen-

tando nuevas corrientes; de esta manera consigui-ron modificar la teoria Hipocra'tica sobre las fiebres, combatieron las doctrinas galénicas y arábigas, y descubrieron nuevos derroteros á favor de los cuales, la medicina avanza á pasos agigau-tados, y sin los que, hubiérase visto esta coronada.

Pasemos ahora á la Terapéutica.

El médico práctico no debe contentarse con saber hacer un diagnóstico, ni pronosticar con todo detalle el curso y terminación probable de una enfermedad; debe coronar su obra, empleando como complemento un tratamiento meditado y eficaz, consecuencia lógica de los conocimientos patológicos de su época. Acaiso haya quien crea, que esto de puro sabido debiera callarlo; pero desgraciadamente sucede, y yo me he encontrado en mi práctica, con médicos de tal ojo clínico, que les ha bastado una rápida mirada sobre el enfermo, y muchas veces aún sin explorar, sentar previamente un diagnóstico, que luego se ha visto plenamente confirmado, por hombres encanecidos en la ciencia después de examinar al enfermo atentamente. Pues bien, estos hom-

bres que tal dominio tienen de la patología en la clínica, les he visto vacilar cuando del tratamiento se ocupaban, y su terapéutica muchas veces, no era la más indicada. He visto otros, que bien por no observar con detenimiento, bien por haber establecido en su fuero interno prejuicio determinado sobre el paciente que examinaban, hacían diagnósticos capaces de ruborizar al estudiante más desaplicado; pero estos hombres conociendo su error bien por las animaciones de otros compañeros, bien por propio y espontáneo convencimiento, han empleado después la terapéutica más científica y oportuna, que exigir pudiera la conciencia más escrupulosa.

La historia nos habla del anatomismo y nos dice,

que el orgullo mayor de sus partidarios, era el ver confirmadas en el cadáver, las lesiones anatómicas que ellos habian predicho durante la vida y enfermedad del sujeto, descurriendo lamentablemente el tratamiento. Pues bien, a la cabecera del enfermo ni unos ni otros desempeñan un papel muy airoso; ¿de qué le sirve al paciente, que el médico conozca a simple vista su enfermedad, si con el tratamiento que con él siguen no restablecen su salud perdida? ¿cabe mayor martirio para la familia, que el cumplimiento triste y al pie de la letra, de los cambios y suprimientos vaticinados por el médico, cruel profeta, que poco menos que curado de bracos, limitase a contemplar los estragos de la entidad morbosa, sin hacer con su intervención cambiar su rumbo, y atenuar en lo posible sus efectos? La Anatomía, la Fisiología, la Patología y la Terapéutica, son los eslabones de una

cadena, que forjados con desigualdad, necesariamente se han de romperse por el más débil, así que el buen médico, debe conceder a cada una de estas nociones la proporción debida, no exagerando a la una con evidente perjuicio de la otra.

Si me permitido después de estas consideraciones entrar en el estudio de la Terapéutica.

Prescindiré de las disquisiciones filosóficas del principio "contraria contrariis curantur" tan silogísticamente tratado y apurado en aquellos siglos, que forrosamente tenía que resultar toda enfermedad tratada por los contrarios, y entraré de lleno en el concepto de la Terapéutica reinante por entonces. Galeno y Avicena eran los guías en esta materia. Heres eran los métodos curativos. Evacuau-

56 te, purgante y alterante.

Para el método evacuante, existían dos medios, el general y el particular.

En el general se comprendía el sudor, las evacuaciones de sangre, el vómito, y las cámaras.

En el particular, las evacuaciones de la nariz, de las hemorroides, del útero, y las de los exutorios.

La más poderosa de todas las evacuaciones era la sangría, la que estudiaban bajo todos sus puntos de vista; como el modo de obrar, sus efectos, enfermedades que requerían su empleo, día de la enfermedad, en que debía sangrarse, vena que había de escogerse, cantidad de sangre que se había de extraer y una infinidad de cuestiones relativas a este punto, que ocasionó serias discusiones

entre los médicos partidarios de la medicina griega y los de la escuela Árabe, triunfando el método griego en lo referente, a sacar la sangre copiosamente del brazo del lado izquierdo en la pleuresía y pulmonía, en vez de hacerlo del pie y gota a gota, como los árabes pretendían. Usaban la sangría como derivativa y revulsiva.

Uspleaban como evacuante también las sanguijuelas, escarificaciones, ventosas y fricciones, de las que decían, evacuaban indistintamente todos los tumores del cuerpo.

El método purgante (llamado también purificante) tenía por objeto la expulsión por cualquier vía, del humor que ellos llamaban peccante; para lo que uspleaban los vomitivos, catárticos, y bequicos, con los que conseguían deum-

bararar la economia de la bilis, atrabilis, pituita &c.,
purificandola por consiguiente.

La medicacion alterante, constituia un verdadero
geroglifico de bastante dificil solucion.

Entendian por medicacion alterante toda sustancia
capaz de modificar la constitucion del individuo.

Concedian a los medicamentos tres propiedades
o facultades primitiva, secundaria y terciaria.

La primitiva, era aquella en la que predominaban
un o dos elementos; v. g. la frialdad, y anilla-
micibales medicamentos frios; o por el contrario si
el elemento dominante era el fuego, llamaban los
medicamentos calientes; y si a estos se agregaba
la humedad recibian el nombre de calientes y
humedos. A esta propiedad o facultad la
consideraban como constituyente del tem-

peramento del cuerpo.

La facultad secundaria, resultaba de la mayor
o menor densidad de la materia en su union
con la facultad primitiva, asi que la sustancia po-
dia ser, tenue y fria, o caliente y espesa, o lo que re-
sultara de la combinacion de la temperatura y con-
sistencia.

Despreiendese de esto, que el temperamento en cuestion,
debe ser las cualidades primitivas de los cuerpos me-
dicamentosos, las que unindose a la densidad mayor
o menor de estos cuerpos daba lugar a las medicaciones
de facultades o cualidades secundarias, que ellos de-
nominaban con el nombre de laxantes, digestivas,
detersivas, disolventes, astringentes, emolientes, supura-
tivas, septicas, causticas, escaróticas, vesicantes, agluti-
nantes, rarefacientes, constrictivas, obturantes, dilatadoras, ape-

60 ritivas & c. y que conocian por el sabor, segun eran
acidas, acres, amargas, dulces, salados, rosos &c.

De modo que decian; el pelitre y la pimienta v. g; tie-
nen sabor acre; pues esto indica humedad en la materia,
y temperamento calido y seco, porque lo acre, partici-
pa de la naturaleza del fuego.

Como se ve este es un medio muy especial de razonar,
que además de no convencer, lleva la confusion, la duda y
el desaliento, al animo más estudioso.

En su facultad terciaria, desaparece el caracter
logografico de la terapeutica de los siglos XV y
XVI, por que esta cualidad es hija del método
experimental, y por consiguiente, resultado
de una observacion más o menos perfec-
ta, pero observacion al fin, y por lo tan-
to, lo que más se aproxima a la verdad

61
Llamaban cualidades terciarias, a las depen-
dientes de la sustancia y de la forma y de los re-
sultados obtenidos; y por consiguiente, así las
calificaron de emenagogas, eméticas, drásticas, diu-
réticas, diaforéticas, &c. segun la secrecion que pro-
vocaban.

Parece desprenderse de lo dicho, que las cualida-
des primitivas y secundarias de los cuerpos, eran
lo que hoy conocemos con el nombre de propie-
dad físicas y químicas, y que las terciarias, son las
que se conocen ahora, con el nombre de accion fisiológica

Se ocuparon tambien de los baños, de la dietetica,
y hablaron del modo de administrar los medica-
mentos, vehiculos en que pudieran darse, como jarabes, a-
guas destiladas, aceites, extractos, &c. como en los tiempos actuales.
Los medicamentos minerales como el oro, cobre,

y antimonio eran muy poco conocidos, y usado nada más que por los empiricos de aquellos tiempos.

Muchos de los medicamentos, ó se les atribuían exageradas propiedades, ó hipotéticos resultados; debido á que no todos los cuerpos habian sido sometidos á una rigurosa observación, sino que admitían como buenas, las propiedades que en tratados anteriores, ellos habian encontrado.

De modo, que puede como resumir decirse, que esta importantísima rama del árbol médico, era la más necesitada de reforma. Así y todo, en estos siglos se introdujo por primera vez, en la materia médica, el uso del guayaco, la rana papavilla y el sasaparilla; se perfeccionó el modo de administración del mercurio en la sífilis, y tuvo lugar la invención de las candelillas en las estrecheces de la uretra.

La Cirugía hasta los siglos XV y XVI, habia sido patrimonio exclusivo de gentes de la última clase social, pues en los siglos anteriores, hasta eran muy mal vistos, y peor considerados, aquellos individuos que se dedicaban á la práctica quirúrgica; hasta tal punto, que en los demás oficios eran dificultosamente admitidos como aprendices los hijos de cirujanos, barberos y bañistas.

La sociedad estaba constituida en la edad media, por tres clases; nobleza, clero y pueblo.

La medicina era privilegio del sacerdote; pero á este, le estaba prohibido bajo pena de excomunión

el derramamiento de sangre; de manera que la cirugía era practicada por charlatanes y barberos sin ninguna instrucción, que aprovechándose de este estado de cosas, y no importándoles nada el desprecio en que la sociedad les tenía, iban ganándose la vida con más o menos dignidad.

Pero llega el siglo XV, despiértase la afición a los estudios anatómicos, (como ya llevo indicado al principio de este trabajo) y entonces las cosas cambian por completo de aspecto. Los cirujanos quieren hacerse médicos, y los doctores clérigos, quieren hacerse operadores; entáblase la lucha entre la Universidad de Paris y el Colegio de Cirujanos de San Cosme y San Damian, y da por resultado las paces, sometiéndose el Colegio a la Facultad, dando esta en cambio entrada a los barberos, que para ser declarados tales, tenían que estudiar, un curso de Anato

mía y cirugía, y sufrir examen ante un médico y dos cirujanos del Rey. De esta manera, los barberos, convertíanse en Cirujanos, y los Cirujanos en Doctores Médicos. Aquí empiezan a perfeccionarse el arte quirúrgico, y asociarse a la medicina, constituyendo una profesión.

Muchos Cirujanos y muy buenos se encuentran en estos dos siglos; Vesalio, Falopio, Aguapendente, Benivieni, Juan de Vigo, Tragozo, Hidalgo de Agüero, y muchos otros; pero sobresaliendo entre todos el inmortal Peseo, representante de la Cirugía francesa de su tiempo, y el Vallisoleitano ilustré Dora Chacón, porta-estandarte de la terapéutica Quirúrgica Española de su siglo.

Era costumbre por aquella época entre los Cirujanos, curar las heridas de arma de fuego, cauterizándolas con

aceite hirviendo ó con el hierro caudante, pues las consideraban ó envenenadas por la pólvora, ó complicadas con quemaduras, dado el calor que al penetrar en el cuerpo humano, tenían los proyectiles.

Pues bien, Renouard considera á Paro como el primero que hizo cambiar este tratamiento, oponiéndose abiertamente á la doctrina hasta entonces por todos admitida; si bien pone en manos de la casualidad, lo que es de creer fuera hijo de observaciones repetidas.

Refiere, que estando este célebre Cirujano agregado al Ejército de Francisco I, y á las órdenes del Mariscal Montegán Jefe de la Infantería Francesa tuvo lugar la batalla del Pas de Sure. Tantos fueron los heridos, que se terminó el aceite, y Paro no pudo conciliar el sueño, dominado por la inquietud, calculando lo que sufrirían los infelices

que habian quedado sin cura; pero cual no sería su asombro, cuando á la mañana siguiente pudo ver, que estaban mucho mejor los no cauterizados.

Però no falta quien afirma que Para Chacón, fué el que en España trató estas heridas como si fueran contusas simplemente, obteniendo mejores resultados que con el aceite hirviendo, tratamiento que supuso á emplear estando de Cirujano militar del Emperador Carlos V en Saundesier, si bien confiesa haberlo aprendido del Italiano Nicer Bartolomé; tratamiento que también aprobó el insubornable Segoviano Laguna, á la sazón médico también del Emperador.

Lo mismo sucede entre Paro y Para Chacón, respecto á la substitución del cauterio por la ligadura de los vasos en las amputaciones, los dos se la disputan

Renouard dice que en 1552 Pasio amputó una pierna a un Ayudante de Mr. Rohan, herido de culebrina en el sitio de Damvilliers; le curó sin la acción del fuego, le ligó arterias y venas, según venia haciendo desde los Arabes cuando se trataba de heridas de estos vasos, y tuvo la suerte de salvarle sin martirizarle.

Dana, en su famosa obra de Cirugia, (hoy tan leida como se debiera) trata este punto, y señala cinco medios para contener la hemorragia, pues dice, que la sangre, o sale en cantidad, y entonces debilita el organismo y le compromete; o saliendo lentamente impide la cicatrización. En honor de la verdad he de decir, que la obra de Dana no fue publicada hasta 1580; y que tratando este punto se nota bastante indecisión y una contradicción, pues no acierta a repararse

del todo del cauterio en la Imputación, el cual aconseja se practique en todas las partes blandas, excepto en el rodete de piel que ha de cubrir el muñón, constituyendo la solución de continuidad.

La contradicción se hace palpable, con los cinco medios que aconseja para colubir la hemorragia 1.º coser la herida o suturar. 2.º quitar la sutura, y espolvorearla con un polvo compuesto de incienso, mirra, bol americano, acibar, almeciga, y harina fina, batiendo todo con clara de huevo. 3.º cortar del todo y a través el vaso, arteria o vena, para que contrayéndose, se meta debajo de los músculos, estos le aprisionen fuertemente, e impidan a la salida de sangre. 4.º ligadura. 5.º remedios que tengan la fuerza del fuego o el fuego mismo.

Se ve, que en esto no se decide a oponerse abiertamente, a lo seguido por Galeno,

Avicena y Albucasis, y solo dignímoelo así inicia la tendencia a la Reforma. Pero esto no obstante, trata muchísimos puntos de una manera tan magistral, que sin incurrir en la nota de apañados, nos creemos autorizados para seguir su estudio con preferencia al de Pareo, ya que por otra parte puede sin duda alguna sostener con él un lucroso paralelo.

Continuando con las heridas de arma de fuego, ocupase de la extracción de proyectiles y dice; que el herido, para ello, ha de ocupar la misma posición que cuando fue herido; pues si no, los músculos obturan el trayecto recorrido, o lo hacen más angosto, dificultando así la extracción. Opina que no todos los proyectiles deben extraerse y mucho menos abriendo por la parte opuesta; afirma rotundamente, que de los muchos heridos

que trató, más curaron de los que quedaron con las balas en el cuerpo, que de aquellos a quienes les fueron extraídas! De modo, que si hay facilidad deben sacarse, por el alivio moral que experimenta el enfermo, pues desde que ve fuera el proyectil, considera que todo terminará favorablemente; pero si no hay facilidad, debe dejarse, pues no ha visto suceder de ello nada de malo, y si mucho por empeñarse algunas veces en extraerle, pues la naturaleza, (más sabia que los Doctores) viene con el tiempo a echarle fuera sin lesión ni daño alguno en bastantes ocasiones. Y lo mismo sucede con las esquirlas procedentes de las fracturas ocasionadas por la bala; son arrastradas por la supuración al exterior. Tiene

ja que si fuera necesario se ampliara, si no hubie-
ra peligro, el orificio de entrada de la herida, para
facilitar la extracción, curando después como una
herida contusa, desechando el tratamiento de Juan
de Vigo del aceite hirviendo.

Fragoso se ocupa de la anestesia, que obtie-
ne mezclando el ramo de la mandragora, bele-
ño, adormideras, cicuta y lechuga virrosa, del que
impregnaban una esponja nueva que secaban
al sol, y cuando habian de usarlas, la metian
en agua caliente, y la hacian oler al enfermo
hasta que se dormía.

Cuando querian practicar la anestesia local,
espolvoreaban la parte que habia de operarse, con
los polvos de la piedra menfis; que segun Plinio y
Dioscorides, suponian fuera carbonato de cal que tri-
turado y tratado por vinagre desprendia ácido

carbónico, que puesto en contacto con las partes di-
vididas, producian la insensibilidad.

Agüero, médico andaluz, tambien se distinguió
en la cura de las heridas, empleando la sutura
para evitar la salida (decia) del calor nativo, que
era el todo en estos casos.

Augulo, médico Burgalés, disfrutó de fama
merecida en la curación de las heridas de armas
de fuego. Fue llamado en una ocasión por Carlos
V, para curar al Capitán Acuña herido en el si-
tio de Fuentesrabia.

Para las fistulas lagrimales, empleaban en
aquella época, los escaróticos, y el hierro candente.

Del hidrocele, se conocian cuatro tratamien-
tos: el sedal, la escisión, cauterización y
punción.

Juan de Vigo, trataba los tumores men-

risimáticos, por la compresión gradual, y los es-
tipticos.

Ya que todos los historiadores al tratar de aque-
llos siglos, incluyen en la Patología y Terapeu-
tica externa, el estudio de las operaciones, asocián-
dole con el tratamiento de las enfermedades pro-
pias, si a me permitido sin capítulo aparte,
decir dos palabras sobre Medicina Opera-
toria.

De los Cirujanos de entonces, era ya conoci-
da la Trepanación, practicada principal-
mente por Pareo.

Amputaciones, dicho se está, cuando ya me
he ocupado de la sustitución del fuego por la ligadura

En 1580 Francisco Rouset, practicaba
ya la talla hipogástrica, aunque el pro-

ceder más común era el de la talla subpubia-
na.

La paracentesis abdominal era nuevamen-
te practicada, pues desde los tiempos de Celso
habia sido abandonada y sustituida por
cauterizaciones.

En el siglo XV, Mondini no queria se
practicara la punción en la linea alba, por-
que se producian muchos accidentes espasmódi-
cos, y además que la naturalera tendinosa de esta
parte, hacia más difícil la cicatrización. Otros
creian que debía hacerse en el ombligo. Juan Pal-
fin, escogió la parte media de una linea tirada
desde el ombligo, a la espina anterior superior del
ileon izquierdo.

Operábanse las hernias estranguladas, por cierto

que en este siglo fué abolida la bárbara práctica seguida en la edad media, de la ablación del testículo, quedando solo relegada á los casos de Sarcocèle ó gangrena.

Pedro Franco, refutó la creencia de Celso, de que en la hernia se rompía el peritoneo, y que á través de esta abertura, era arrastrado el intestino por su propio peso, separando después poco á poco las túnicas nerviosas del testículo; y probó que no existía tal rotura, sino que el peritoneo sin romperse, acompaña á las vísceras en su salida del vientre.

La Toracentesis no practicada desde los tiempos de Galeno, por Brigaos, Latinos ni Arabes, volvió en estos siglos á practicarse.

Las cataratas eran operadas aunque

el método seguido era el de depresión, no obstante conocerse ya el de extracción; y tenían la falsa idea, de que la catarata era debida, á una concreción que lentamente iba verificándose, en el espacio vacío existente detrás de la cornea y del iris. Algunos creyeron que se trataba de una pellicula extendida delante de la pupila.

Conocían y practicaban la Rinoplastia.

Era operado el labio leproso, y Pano se servía para aproximar los bordes incurvados, de agujas de acero, enredando á su alrededor hilo encerado en figura de ocho.

Por último la Traqueotomía, fué practicada en aquellos siglos, por Florentino Benivieni y por Fabricio Aquapendente, á quien algunos atribuyen la invención de la cánula que

se deja en la abertura practicada.

Por lo dicho podemos conocer lo muy adelantada que la Cirujia estaba ya por aquella época. Bien es verdad, que la misma naturaleza de las enfermedades externas, hace que sean más fácilmente estudiadas y comprendidas, que las pertenecientes al dominio de la Patología interna. Cierto, que existian algunos errores; pero procedian de siglos anteriores; y entonces, como ahora, no es posible llevar la luz a todas las materias, dentro de un tiempo relativamente corto.

El arte de los Partos durante aquellos siglos no brilla por sus progresos; debido a la costumbre que las mujeres tenían, de hacerse asistir por las comadronas, y solo en casos apurados y difíciles, consentian ponerse en manos de los Cirujanos. De aqui, que la Obstetricia, no fue muy estudiada; y toda la práctica seguida era la aconsejada por Hipócrates; pues el espíritu de reforma en esta rama de la Cirujia, no le encontramos hasta los primeros años del siglo XVII.

Sin embargo, se encuentran escritos y obras

sobre la materia aunque pocos; tal por ejemplo, como un libro publicado por Daniel Carballó Cirujano de Mallorca; dividido en dos partes; ocupándose en la primera de los órganos de la generación, describiéndoles; de los signos de la preñez, de los síntomas de aborto. Explica el parto haciendo consistir la mayor ó menor dificultad de él, en el mayor ó menor desarrollo del feto, y admitiendo como cosa corriente el parto antes ó después de los nueve meses. Se ocupa de la extracción de la placenta, de la conducta que la mujer ha de seguir durante el embarazo y del puerperio, y de las condiciones de las comadronas.

En la segunda parte se ocupa solamente de los accidentes del puerperio.

Luis Lovera de Avila, en un libro

publicado sobre la esterilidad y enfermedades de los niños, habla del aborto y medios de impedirle, signos que demuestran haber muerto el feto. Se ocupa del parto natural y del difícil; señalando los medios que podían emplearse para hacerle fácil. Habla de la retención de la placenta, y conducta que en este caso deben seguir comadrones y parteras. Menciona las enfermedades propias del puerperio; pero lo que mejor trata dada la época, son las enfermedades de la infancia.

El ya varias veces nombrado insigne Luis Mercado, publicó en Valladolid un tratado de enfermedades de la mujer, titulado "De puerperarum et mulierum cum affectionibus," libro magistral en su época en que trata admirablemente de la gestación y del puer-

perio.

Para diagnosticar el Embarazo, dejando a parte ciertas prácticas ridiculas, (y atendiendo solo a los síntomas científicos) tenían en cuenta la cesación de las reglas, el examen del aumento de volumen del cuello uterino, el aumento de las mamas, la presencia de la secreción lactea, y los movimientos sentidos por la mujer en el vientre; pero como todos estos síntomas no se suelen presentar a la vez en una misma mujer, y como por otra parte, aun no practicaban el tacto vaginal, ni se servían de la auscultación; de aquí, que no alcanzaran una perfecta certidumbre; limitándose solamente a una probabilidad, mayor o menor.

Sobre el mecanismo del parto, tampoco tenían ideas fijas, y era creencia muy común, que la salida del feto era debida solamente a sus propios esfuerzos, con los que lograba

romper y desembarazarse de las membranas que le cubrían. Creían, que cuando la cabeza encajaba en la pelvis la atravesaba, permaneciendo siempre en la misma posición. Esta creencia pone de manifiesto la ignorancia en que estaban, del movimiento de rotación del feto al entrar en la excavación de la pelvis, y por consiguiente, el desconocimiento absoluto de los diámetros y relaciones de la cabeza del feto, y pelvis de la madre, tan necesarios para la feliz terminación del parto.

Por lo que toca al parto laborioso, no estaban más adelantados; creyendo como creían, que el parto era debido solamente a los esfuerzos del feto, naturales que creyeran que la muerte de este, era un accidente tan grave, que consideraran imposible la terminación natural del parto, y por consiguiente, hacían uso de los ganchos en estos casos con

perjuicio grande del feto y de la madre.

En las presentaciones de pies, no faltaba quin con maniobras intempestivas, intentara inutilmente, colocar la cabera en el estrecho; pero no era lo general, pues que en las presentaciones de tronco, intentaban variarla, si era posible de cabera, y si no, buscaban los pies, procurando así terminar el parto.

Antes de la invención del forceps, cuando la cabera ya en la excavación de la pelvis, no podía subir ni bajar, bien por inercia del útero, o por agotamiento de fuerzas en la madre, hora daban el cráneo, y con un gancho sacaban el feto.

Cuando por estrechez de la pelvis, o excesivo desarrollo del feto, el paso de este se hacia imposible á través de los organos de

la madre, se le hacia pedazos, y se le sacaba; con lo que la mayoría de las veces la madre sucumbia tambien.

Esto era lo general; sin embargo, al siglo XV corresponde la gloria de haber ejecutado la histerotomia; pues se cita el caso de una mujer en Thilly, (Italia) seis veces operada, y muerta á la séptima, por ausencia del Cirujano que veces anteriores, la salvaba.

Entre los buenos Cirujanos del siglo XVI que practicaban la operación Cesárea, se encuentra Jaime Guilleman, discípulo de Paracelso, el cual acostumbraba á terminar el parto artificialmente, siempre que se presentaban convulsiones ó fuertes hemorragias.

En cuanto á la extracción de la placenta, practicaban como en los tiempos de Celso, y como ahora se sigue practicando la tracción

nes moderadas del cordón umbilical con la mano izquierda; y de no ser suficiente, ir elevando la mano derecha a favor de dicho cordón, llegar a la placenta, separarla de las adherencias, y sacarla; solo que hoy, se precisan los casos en que hay necesidad de extraerlos, y aquellos en que conviene aguardar, cosa que no sucedia entonces.

Antes de terminar este estudio, he de hacer constar cierta contradicción que existe acerca del autor y época de la invención del forceps.

Renouard dice, que su autor fue un Cirujano de Gante llamado Jean Palfyn, que le construyó en 1721, bajo el nombre de tiracabezas; reformado después en Inglaterra por Smillie y en Francia por Serret. Mi digno Catedrático Dr. Rodríguez, cree que el autor del forceps fue Albucasis; que

le construyó bajo el nombre de pinzas largas.

Lo cierto es, que los Arabes ya le conocian, como tambien conocian el Speculum uteri, y por consiguiente, este descubrimiento no debe atribuirse a Pareo, y mucho menos a una Cirujia mas moderna; pero sea como quiera, esto no quita un ápice de valor a lo dicho sobre el estado de la Obstetricia en los siglos objeto de este estudio.

El estudio en la clínica, mediante el cual el médico completa sus conocimientos, y adquiere el grado de firmeza y certidumbre necesarias, para dar el verdadero valor a las teorías e hipótesis, aprendidas en las nociones anatómicas, fisiológicas y patológicas, que en los respectivos tratados estudiara. La clínica, que es la que se encarga de poner al descubierto, lo falso y engañoso de ciertos apasionados sistemas, haciendo que el médico reflexione y madure sus juicios; es estudio puro y especialmente experimental que nos enseña (valiéndonos de una frase del sapientísimo Dr. Sautero) para definir la Historia)

89
lo que se hume como inseguro, y lo que prevalece como cierto; no alcanzó gran preponderancia en aquellos siglos, debido a que después de la fundación de las escuelas de Alejandria, los médicos, diéronse a disertaciones filosóficas sobre la esencia de las enfermedades, acción primitiva de los medicamentos &c., descuidando algún tanto la observación, pero no hasta el extremo de afirmar como Pinel, que haciendo cargos a los primeros escritores del siglo XV, por no haber aconsejado en sus escritos la restauración de los estudios clínicos, dice que este estudio, no se restableció hasta dos siglos después. Esto no es rigurosamente exacto por fortuna, cierto que ocupáronse mucho de investigaciones filosóficas, pero no es menos cierto

que estas investigaciones, restauraron la medicina griega preparandola para la Reforma; pusieron sobre el tapete el estado de los conocimientos, y asi emperando por conocerlos detalladamente, diéronse luego, unos a perfeccionarlos, y otros, a modificar lo que la observacion les hacia conocer no estar conformes con lo ya conocido y estudiado. Pero de todos modos, en los siglos XV y XVI, debere a la clinica el estudio de nuevas enfermedades, como la sífilis y el escorbuto; la descripción de algunas epidemias y no solo estudiaban en la clinica, sino que tambien lo hacian en el cadaver.

Asi pudieron ver que en las autopsias de los fallecidos de bubas en Paris en 1573, que el bazo estaba blando e infiltrado, y que la bilis en la vesiga era poca y espesa. Lo que haze que la escuela clinica, no estaba establecida oficialmente, en la forma que e

hoy lo está; pero ya empezaba a iniciarse esta tendencia, pues el primer ensayo de Clinica Oficial, se hizo en 1578 en el Hospital de San Francisco de Padua, siendo Alberto Douoti encargado de la visita de los hombres, y Marcos Obdo de la de mujeres.

La necesidad de dar fin a mi trabajo, demasiado extenso ya para los limites de una memoria de este género, hace que me vaya refiriendo pura y simplemente, a señalar el estado de la medicina, sin entrar en grandes detalles; paso pues, a ocuparme de la Medicina Legal de aquella época.

La necesidad del auxilio de la Medicina para la más acertada administración de justicia, ha sido reconocida en todos los tiempos. El Fuero Juzgo, Las Partidas, demuestran esta necesidad, corrigiendo leyes que aunque no muy claras y precisas por lo que a la Medicina Legal se refiere, debido al estado de los conocimientos médicos de aquella época, tienden a regularizar la aplicación del castigo, en consonancia con los conocimientos anatómo-fisiológicos reinantes.

El Emperador Carlos V en 1552, dictó algunas leyes llamadas "Constituciones cri-

minales," que dieron a la medicina legal grande importancia, extendiendo y precisando sus atribuciones.

En ellas se habla perfectamente de las heridas graves; y cuando han sido seguidas de muerte, se ordena de examinar, si ha sido a consecuencia de la herida o debida a algún descuido en la cura; resultado de un tratamiento imperfecto, o efecto de alguna enfermedad aguda y distinta por completo.

Estas Constituciones se ocupan del aborto, del infanticidio, de los envenenamientos, y hasta menciona los medios de comprobar estos delitos. Explica también, la regla para la redacción de los informes y declaraciones médico-legales.

Desde entonces, puede decirse que data la importancia de la medicina legal y se fundaron las escuelas,

Lovera de Avila, Juan Alfonso Fontecha, Alfonso de Villabragima y el notable jurisconsulto Alfonso de Carranra, publicaron escritos relacionados con la medicina legal, ocupándose en unos de la esterilidad en el hombre y en la mujer, y tratando en otros, de los privilegios de la mujer preñada; pero la obra de medicina forense de aquella época, el Doctor Mata de aquellos siglos, fue Frago (Juan) y publicó "Un tratado de las declaraciones que han de hacer los Cirujanos acerca de diversas enfermedades, y muchas maneras de muerte que suceden".

El, puede decirse, que es el termómetro que marca los grados de conocimientos médicos, que alcanzó el siglo XVI; pues repasando el estudio que hace de las heridas en general, y en relación con la medicina legal; si fueron hechas antes o después de la muerte; esta

diando las diferentes arañas; la multitud de cuestiones que el matrimonio ofrece; los delitos contra el pudor y la honestidad; parto y aborto; envenenamientos, y diferentes géneros de muerte; se ve a primera vista la gran altura en que se hallaban colocados con respecto a los siglos que les precedieron, y evidencian de una manera clara, un espíritu de observación, y conocimientos clínicos, que en vano extranjeros autores tratan de desconocer o negar.

Las ciencias naturales físicas y químicas, también fueron objeto de estudio detenido por parte de los médicos de aquel periodo; sobresaliendo la figura del memorable Laguna en sus comentarios a Dioscórides, donde presenta la sinonimia de las plantas en diez idiomas diferentes, y deja traslucir ya el sistema sexual que tanta gloria proporcionó después a

Linneo.

Y por último en el siglo XVI, la alquimia empezó a oscurecerse, avasallada por la química científica.

De propósito, Ilmo. Señor, no he querido mencionar un hombre, que si en el siglo XVI disfrutó de cierta fama, como quiera que juzgado por las generaciones posteriores, se haya visto palpablemente que su reputación no era merecida, pues nacida de la atrevida ignorancia, acompañada del más osado cinismo, y propagada por multitudes que engañadas

admitían como oro de buena ley, lo que no era más que deslumbrante oropiel sin valor alguno, de propósito digo, no he querido mencionarle como Patólogo, ni como Terapeuta; y si lo hago ahora, es solo por señalar otra de las tendencias que existían en aquel siglo en medicina. Me refiero al Médico Suizo Paracelso.

Prescindiré de sus vicios y conducta social, y ciñéndome á mi propósito, diré, que soberbio, y creyéndose un delegado de la Divinidad, no admitía más ciencia que la suya, y negando todos los sistemas filosóficos-médicos, de todos sin embargo echaba mano, para explicar sus extravagantes teorías, ya médicas, ya químicas.

Me le venos, que en cargo de una Cátedra en Basilea, empezó arrojando al fuego los escritos de Galeno y Avicena, contentiéndose los comentarios á Hipócrates, pro-

clamando su medicina como única; y sin embargo, si quiere emperar á andar científicamente, tiene que echar mano de los mismos autores que censura; reconociendo los principios elementales, de aire, fuego, tierra y agua, si quiera por desfigurarlos algo; dándoles aparente originalidad, el los titule, astro, raiz, elemento y espuma.

Tenia por cuerpos elementales del hombre, el mercurio, el azufre, la tierra, y la sal, sobre los que ejercian influencia principal, los Astros y los Espiritus. Negaba la humedad del agua, y el calor del fuego, sosteniendo que habia agua seca y fuego frio.

Creia un espiritu que llama Archeo, le hace residir en el estomago, dice que es el unico en el cuerpo del hombre, y que sirve para separar de los alimentos, la parte asimilable, de la venenosa.

Su teoria de causas es tan extraña como todo lo suyo: las funda en la influencia de las constelaciones sobre el aire, al que segun son, le sulfuran, o le hacen salino, mercurial o arsenical, y segun era el aire asi obraba sobre huesos y vasos, sobre la cabera o sobre la sangre.

Para hacer diagnóstico, no tenia en cuenta los sintomas, y si, las relaciones existentes entre los enfermos y los planetas, que conocia, por medio de signos cabalísticos.

He aqui como él explicaba lo que hoy conocemos con el nombre de obstrucciones. Cuando Archeo obraba con mucho impetu o irregularmente, el tartaro (principio patológico que decia tenia la propiedad de espesar los humores, dar rigidez á los sólidos, y acumular la materia tierra,) se depositaba en las partes internas, la sal se asociaba á él, coagulando así la tierra.

Para los Galenistas esto era lo que constituia

la atrabilis.

Las úlceras eran debidas á las sales; las de los brazos á la sal gema; las de las piernas, al vitriolo; las gangrenosas al alumbre; las escrofulosas al salitre.

Su terapéutica, está sujeta también á la influencia de los astros; aguardaba á dar tal ó cual medicamento, á que el planeta influyente fuera el propicio al enfermo. Su materia médica, es una mezcla confusa de sustancias racionales y científicas, manejadas más ó menos hábilmente, á las que denominaba con nombres muy pomposos; y de sustancias hijas del capricho, que ya inocentes, ó ya peligrosas, solia aplicar, según el parecido ó semejanza que existía entre la forma de la sustancia medicinal y la forma del órgano ó tejido en-

fermo. Así los piñones, por su parecido á los dientes, los empleaban en las caries, odontalgias &c.; las úlceras gangrenosas, por parecerse en el color á los lagartos, con ellos las trataba; el tejido de la pulmonaria esponjoso como el del pulmón, hacia, que la pulmonia, con la pulmonaria fuera tratada. Titulaba los medicamentos, con nombres, como piedra filosofal, licor de la luna, mercurio de vida, tintura de los filosofos, que no eran sino, el mercurio, el oro, el estaño, azufre y ácido sulfúrico, disueltos en tinturas, esencias y extractos.

Trataba todas las fiebres con sangrias, coral, oro y alcohol, sin administrar purgante alguno. No se vale de la sutura, ni mantiene reducidas las fracturas con aparatos convenientes, desecha escalpelos, bisturis y causticos; y se vale solo de un agente del espíritu. Trocheo llamado Nymia,

que le sirve de linfa plástica cicatrizante; y otro llamado Cornuetda, que ocasiona la formación de callo en las fracturas, y es eficaz remedio en las contusiones.

Basta con lo dicho; á simple vista se nota que sus pretendidas teorías, no son sino charla hueca pura. ¡Y aún hay quien tal conjunto de extravagancias pretenden afiliar a un sistema. ¡Misticismo! ¡Vilulismo si que pudiéramos llamarse, ya que nada encontramos de donde la razón, la observación, ó la experiencia, pudieran sacar ventaja alguna, pretendiendo, al contrario, la destrucción completa de los conocimientos hasta entonces existentes.

Por desgracia no fué el último que así pensara; Cornelio Agripa, el Colón, en

Lion, y Gerónimo Cardán, natural de Pavia, practicaron en Milán y Bolonia, la medicina teniendo por base la alquimia y la cabalística. Anabal en Suiza, curando instantaneamente con una plancha, que colocaba en la punta de la lengua de los enfermos, obteniendo así brillantes éxitos en todas las enfermedades, aún en los casos más desesperados, es una prueba, que si los embucadores no eran pocos, la credulidad humana, debia ser ilimitada en aquella época. Que esta escuela tuvo sus hombres en todos los tiempos, lo prueba Escalo de Tralles en la antigüedad, y Juan de Gaddesden en la edad media. ¡Cuántos hoy imitadores?; es posible, porque hasta cierto punto son útiles; porque así como no sabríamos apreciar la luz del día, sin conocer las tinieblas y peligros de la noche; así como no disfrutaría.

mos de los quces que proporciona la verdad remue-
 ta, sin haber experimentado antes las dudas e
 incertidumbres del error sentado; de la misma
 manera, no podriamos sentir el respeto y la
 dignidad de la toga honrosamente llevada,
 sin haber visto, la diferencia que la separa del
 arlequinado traje del payaso científico.

Existieron medicos adversarios de Paracel-
 so, tales como Erasmo, Hofman, y Sivabio, que
 oponiendose a lo por este sustentado, dio lu-
 gar a que se manifestaran hombres como Semer-
 to, Proterio, Lavater, Mindero y Sala, que pro-
 curaron conciliar a Hipocrates, Galeno y
 Paracelso, sin conseguirlo, pues la empresa era
 de muy difícil, pero por lo menos, descartando los ab-
 surdos teosoficos de este ultimo, consiguieron elevar la

química a la categoria de ciencia, desnudandola
 de la envoltura migmantica que la cubria.

Mas razonables son en el siglo XVI, Juan
 Argentier, Leonardo Botal y Lorenzo Faubel,
 que colocandose en el justo medio, ni siguen ciega-
 mente lo antiguo, ni en absoluto lo supsetan; so-
 metiendolo a un detenido trabajo de critica, que
 da por resultado la parcial reforma, en todo
 aquello que no se ajusta a la experiencia. De
 modo, que obrando así, ni quitan ni ponen Rey,
 pero ayudan a dar la vuelta, para que nazca
 un nuevo reinado. No son Paracelistas, no son
 Platonicos ni Aristotelicos, Hipocraáticos ni ha-
 lemicos pero ayudan a su señor; es decir, prepa-
 ran la muerte, del absoluto Aristotelo-
 Hipocraato - Galuismo, para dar entrada a

106
la filosofía Cartesianiana y Baconiana, que
en el siglo XVII, habia de ser la reina que
presidiera las sucesivas reformas medicas.

Expuesta, Ilmo. Señor, de tan deficiente
manera el estado de la medicina en los siglos
XV y XVI, réstame mencionar únicamente,
las Universidades españolas que fundáronse
en aquellos doscientos años, sin entrar en de-
talle histórico, pues fatigada ya vuestra aten-
ción, no he de seros más molesto.

Nada menos que veintiseis Universidades, creá-
ronse en España en los dos siglos objeto de este estudio.

107
Seis en el XV á saber, Barcelona, Zaragoza, Lu-
ciante, Sigüenza, Avila y Lerona; y veinte en el
XVI, que fueron, Valencia, Sevilla, Santiago, Alcalá,
Toledo, Granada, Lucena, Tortosa, Cúrate, Gaudia,
Osuna, y Osuna en su primera mitad, y Almagro,
Oropesa, Gracía, Baera, Orindueta, Barragona,
Oviedo y Vich en sus cincuenta años últimos.

No en todas se explicó la Medicina, ni hoy
existen la mayor parte de ellas, por lo que no
creo oportuno detenerme en sus historias res-
pectivas, pero no debo pasar en silencio, que en la
Universidad de Valladolid, que á su creación en
el siglo XIII, contaba solo siete cátedras, llegó á tener
en 1592 veinte y ocho, de diversas auroras diferentes, pero
sobresaliente con fama universal, la de Cirugía, hasta
tal punto, que dió lugar al conocido pro-

verbio que decia: El que quiera saber Cirugia, que vaya a aprender Anatomia, a Bolonia en Italia; a Montpellier en Francia; y a Valladolid en España.

Barcelona regularizó los estudios médicos en 1546; y tuvo de notable, su primer profesor de Anatomia, Juan Valero de Eobar, y su Rector D.^r Pedro Cerbuna, que fué el primero que intentó asumir en la Universidad la facultad de otorgar grados, que bastaran por si solos para el ejercicio de la profesion médica, sin tener que recurrir á la Cofradia de San Cosme y San Damian, que era la facultada para ello, en virtud de Reales privilegios. La Universidad de Barcelona, tenia tres cátedras de medicina llamadas Mayores; una Hipocra'tica, otra Galénica, y otra

de práctica. Y tres Menores: naturalera humana y temperamentos, causas y diferencias de las enfermedades, y Anatomia y simples.

La de Valencia, fué la primera en hacer uso de la imprenta. Desde 1548 á 1590 se crearon en ella diez clases de medicina, una de práctica aplicada. Contó profesores tan distinguidos como Pedro Gimeno, discípulo de Silvio y Vesalio, y Pedro Collado, llamado el Valle Valenciano, por su ilustracion y competencia.

En la Universidad Compostelana, no se dió enseñanza de Medicina hasta el siglo XVII.

El Claustro de Profesores médicos de la de Granada, en 1546 y siguientes, fué gratuito por su escasez de fondos.

La Universidad de Sevilla en 1546,

no progresó en los estudios médicos, por tener de Rector al Africano, que á su vez era Director del Seminario, al que prodigaba sus preferentes cuidados.

Y por último en 1498, se empezó la Universidad de Alcalá, y se terminó en 1559 contando se en ella cuatro cátedras, dos de medicina Hipocrática, á cargo de los Doctores Carragoua y Pedro de Leon; una de Anatomía, desempeñada por Esteban de Cartagena, y otra de Cirugía, explicada por Juan Reinoso.

El Cardenal Cisneros, protector de esta Universidad, convirtiéndose lamentablemente en Africano Omar, (incendiario de la biblioteca de Alejandría), é imitando la conducta del esceptico Paracelso (que mandó los escritos Hipocráticos) condenó al fuego los libros de medicina Árabe, reservando únicamente

el famoso de Rhazes, titulado "Continente", ¹¹¹ que guardó en la Biblioteca.

En resumen: podemos decir que la medicina y literatura Árabe, que al empezar este periodo de tiempo, era la que reinaba; fue sustituida por la literatura Griega, tan injustamente relegada al olvido. Esta restauración, fue debida, á los esfuerzos hechos por multitud de hombres, que estudiando, comentando, y discutiendo, las obras de la antigüedad, griegas y latinas; fueron depurando hechos, rellenando vacíos, reparando falsedades, evidenciando errores, practicando de esta suerte, un Scepticismo, que si en general como sistema, puede ser tachado de heterogéneo por lo falta de ideas propias, re

sulta altamente provechoso, cuando se practica por hombres tan estudiosos, severos e imparciales, como Gouvez Pereira, Andrés Laguna, Luis Mercado, Bustamante, (célebre comentador de Hipócrates) Alvarez Mirabal, Pedro Ponce, Andrés Alcázar, y tantos otros, que discípulos en su mayor parte de la ilustrada Universidad Salúdantina, fueron después profesores de Universidades extranjeras, y difundieron la nueva luz, que brotando en tierra castellana, había de alumbrar al mundo científico en los siglos venideros.

Ciertos que a este paso de avance en las ciencias médicas, contribuyeron con su influencia, el progreso de las demás industrias.

En aquellos siglos, en el año 1435

tuvo lugar el descubrimiento de la imprenta, que facilitó la instrucción, multiplicando la palabra escrita con rapididad y profusión increíble.

En estos siglos, el microscopio puesto por vez primera al servicio de las ciencias naturales, descubrió una serie de fenómenos orgánicos, incomprendibles hasta entonces, dando lugar a Laguna a vislumbrar el poder generador de las plantas, de que luego se valió Linnéo al establecer el sistema sexual.

La invención de la brújula, el telescopio, el grabado en cobre para la reproducción de obras pictóricas y esculturales, obra es de estos siglos.

En las demás ciencias y en las letras, encontramos sabios españoles como Pedro Ciriaco, profesor de Matemáticas en Paris, Bartolomé Ramos, en Bolonia;

114
Alfonso de Madrigal, (el Costado) Pablo Coronel,
comentador de la Sagrada Escritura; el célebre Car-
denal Cimero, y no menos célebre Fray Bartolomé
de las Casas, acompañante continuo y cariñoso de
Cristóbal Colón; pléyade de hombres ilustres, a' qui-
nes hoy las generaciones presentes, deben sus ade-
lantos, y a los que sin embargo suelen pagar con
el olvido. Colón descubriendo la Isla de Santo
Domingo, Cervantes creando su inmortal Quijó-
te, Mariana escribiendo la historia Patria,
Argensola y Garcilaso esclarecidos principes de
la poesía, demuestran, la revolución, que en cien-
cias, letras, e' industrias, se llevó a' cabo en este
siglo, colocando a' España a' la altura que se
merecía, como la Señora que era en la tierra
de los más vastos dominios.

115
El siglo XVI, en sus postrimerias, vio nacer a'
los filósofos Descartes y Bacon.
En suma; los que ciegos, atrevidos, o' poco sensatos,
quisieron prescindir de la ciencia antigua sin apena,
conocerla, para fundar otra nueva, tuvieron que ceder
y doblegarse, ante aquellos otros, que con más sereno
juicio, y razón más despejada, prefirieron empapar-
se en todo lo conocido anteriormente, para que pre-
vio examen, serio y detenido de sus doctrinas, ya
que no pudieran sustituirlas por entouces con
otras mejores, modificaban, todo aquello que
la observación y la experiencia les decía,
preparando así el camino, para entrar en
una nueva vía de progreso formal y verda-
dero perfeccionando así el antiguo edificio cientifi-
co, y evitando su destrucción.

He terminado, S^{no}. Sr., tengo el convencimiento de que mi discurso vale tan poco, que mi tal nombre merece; porque en realidad, aquel que narra y refiere, lo que tantos otros con mayores datos y mejor fortuna hicieron ya, y nada de nuevo aporta; no es digno en todo caso de más atención, que la debida a un modesto pero aplicado obrero de la ciencia, que quiere conocer bien lo antiguo.

Reconozco, que no explicando los hechos, ni valorándolos, la Historia según frases de un Docto Profesor, resulta un calendario estéril; Pero cómo he de explicar los hechos, si carezco de erudición y conocimientos literarios suficientes? ¿Cómo he de criticarlos, sin estar empapado en su historia y evoluciones sucesivas? Pero por

otra parte; ¿Cómo esperar nada nuevo, de aquel que no conoce bien lo antiguo?

A vuestra indulgencia pues me encomiendo; antes que entrar a desarrollar modernos problemas médicos puestos sobre el tapete, he creído conveniente, conocer las opiniones de los hombres de siglos anteriores, siguiendo así el sabio consejo; del inmortal anciano de los, que decía: El que quiera escribir de Medicina, ha de empezar manifestando primero, lo que han sabido y dicho los demás. He dicho

Helpe Bard

Admissible a lectura

Grinda

Admissible

Dr. Ezquieta